

GERALD GILLESPIE

## LA LITERATURA COMPARADA DE LOS AÑOS 90 EN ESTADOS UNIDOS

El famoso verso de John Donne: «'Tis all in peeces, all cohærence gone,» [«Todo está hecho pedazos, toda coherencia perdida»]<sup>1</sup> viene que ni pintado a la hora de hacer una anatomía de la Literatura Comparada (a partir de aquí abreviada como LC) en la Norteamérica actual.

Desde su reanudación tras la Segunda Guerra Mundial, el «campo» en realidad ha supuesto siempre una vaga coalición de subcampos que se entrelazan. Una colección reciente de ensayos, reunida por Lionel Gossman y Mihai Spariosu, *Building a Profession [La construcción de una profesión]* (1994) recoge tanto el distinguido pedigrí de la LC norteamericana como su experiencia de tensiones evolutivas constantes durante el último medio siglo. La definición de LC de 1961 de uno de los pioneros de la posguerra, Henry Remak, citada con mucha frecuencia, ha demostrado ser profética de forma positiva o negativa, según se mire. En cualquier caso, los elementos del ámbito de la LC, tal como se percibían hace décadas, son constitutivos de la fragmentación extrema de hoy en día:

Literatura comparada es el estudio de la literatura más allá de los confines de un país en particular más el estudio de las relaciones entre la literatura —por una parte— y —por otra— las otras áreas del saber y el creer, como las artes (p.e. la pintura, la escultura, la arquitectura, la música), la filosofía, la historia, las ciencias sociales, la religión, etc. Dicho brevemente, es la comparación de una literatura con otra u otras y la comparación de la literatura con otras esferas de la expresión humana. (Remak 1961, 1971.)

Muchas actividades que han prosperado en los años 60, 70 y 80 encajan en esas categorías básicas del párrafo inicial de Remak: una historia literaria comparativa de miras aún más amplias que incluye lo que se conoce por el nombre de Neohistoricismo; el estudio de los usos transculturales de las artes, así como las correspondencias y los contrastes entre éstas; la prolongada desviación de la antropología hacia la lingüística, tras la absorción de figuras como Claude Levi-Strauss por parte de la «semiótica» y el «estructuralismo» literarios; el cuestionamiento filosófico inmediatamente posterior del estatus del lenguaje y la escritura por parte de la «deconstrucción» literaria; los antiguos y nuevos interrogantes psicológicos y antropológicos sobre textos literarios y vida cultu-

<sup>1</sup> [N. del T.: *The First Anniversary. An Anatomy of the World* (1611, publicado 1633), verso 213.]

ral (p.e. los freudianos, los jungianos, los foucaultianos, los lacanianos); la fascinación por modelos generales que podrían poner los cimientos de otras tendencias dentro de la cultura y las ciencias; y así podríamos seguir. Sin embargo, el éxito relativo de estos modos de «comparación» ha llevado a una ramificación acelerada de la LC en mundos de investigación virtualmente separados. En muchos casos, estas ramas se están separando de cualquier concentración en la literatura como primer objeto de investigación. Así, una constelación más reciente, también bastante dispersa, ha surgido a finales de los años 80 entre las filas de los comparatistas norteamericanos. Quienes tienen en común principalmente que operan a través de una actitud no literaria o antiliteraria quieren bien apoderarse de la etiqueta de LC como presuntos sucesores, tras la muerte del «campo» más antiguo, o bien lanzarlo todo por la borda en favor de una etiqueta abiertamente socio-ideológica como «estudios culturales», o, en algunos casos, una etiqueta más neutral como «teoría» (bajo la cual los estudios culturales tendrían un lugar predominante las más de las veces).

Ha aparecido una seria brecha en la American Comparative Literature Association [Asociación Americana de Literatura Comparada] al comienzo de los 90. Muchos seguidores de la constelación más reciente se han agrupado en torno al Informe Bernheimer, que se llama así por analogía con el Informe Levin de la generación anterior (1964). Un comité constituido por miembros de la ACLA que se inclinan hacia los estudios culturales postestructuralistas dieron a conocer en 1993 sus opiniones sobre las normas, mientras que un espectro organizado igualmente por compañeros miembros de la ACLA ha rechazado las reflexiones dominantes y muchas recomendaciones específicas incluidas en este documento oficioso. En el volumen *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism [La literatura comparada en la edad del multiculturalismo]*, aparecieron una versión revisada del informe de 1993 y cierto número de ensayos de actualidad acerca de la naturaleza de este campo escritos por norteamericanos. A pesar de la relativa novedad de la LC en las universidades americanas al final de la Segunda Guerra Mundial, el «Report on Professional Standards» [Informe sobre normas profesionales] de Levin, cuando se expuso en la ACLA, que estaba en sus años mozos, no provocó unos sentimientos tan intensos de controversia, exasperación y desorden. Así pues, la opinión más extendida es que el Informe Bernheimer demuestra la auténtica confusión y falta de propósito coherente de la LC contemporánea en Estados Unidos. La falta de consenso con la que acabó el debate sugiere la posibilidad real de que el «campo» se divida en varios grupos o quizá se vaya a pique.

Un vistazo al «Report of the Committee on Graduate Programs in CL in the U.S.A. and Canada» [Informe del Comité sobre Programas de Posgrado de LC en los EE.UU. y Canadá], publicado por la ACLA en 1974, nos recuerda la complejidad que este «campo» múltiple presentaba ya hace veinte años, cuando había la mitad de departamentos y programas de LC. El mayor elemento superviviente de la época de esa estimación anterior parece ser «el tipo de cursos que ciertos departamentos aceptan como parte de la formación en LC», catalogados entonces como «Filosofía, Sociología, Psicología, Historia, Tradiciones Populares, Antropología, Lingüística, Artes, Ciencia Política, Derecho, Religión, Cine» (17). En dos listas de «las asignaturas obligatorias más frecuentes» para los títulos de M. A. [*Master of Arts*] y Ph. D. [*Doctor in Philosophy*—Doctorado—] en 1974, subrayo aquellas áreas que de forma generalizada han caído hoy en desuso o incluso sufren rechazo, y pongo un asterisco a aquellas que están seriamente debilitadas o se ofrecen raras veces: «Introducción a la LC, Método de investigación literaria\*, Historia de la crítica literaria, Enfoques comparativos, Teoría y método de la LC, Crítica literaria, Historia de la literatura, Estudio de géneros\*, Enfoques críticos de la literatura, Didáctica de la literatura»; «Crítica literaria, Teoría y método de la LC, el Arte de la traducción\*, Metodología\*, Teoría de la literatura, Didáctica de la lite-

ratura» (16-17). La víctima más grave ha sido algo que a menudo no se incluye, probablemente porque se presupone que se ha extinguido o que es demasiado problemático: la implicación en varias nociones de lo que podría o debería ser un «canon» más generoso de grandes obras dentro del marco específico de la cultura norteamericana. En fecha tan tardía como 1982, un comité de la ACLA que informaba sobre programas universitarios todavía señalaba la preeminencia de asignaturas de iniciación de los estudiantes «en el estudio de la literatura y el canon de las obras importantes de la literatura» (4), pero animaba al uso de más textos no canónicos y a impulsar a los principiantes más rápidamente hacia asignaturas de teoría y métodos avanzados. El intento de diseñar programas modélicos y, por tanto, una especie de canon, era típico de la larga ristra de manuales que los comparatistas norteamericanos produjeron en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Pero ni la relación de los estudiantes universitarios con la LC, ni el «canon» han marchado bien en los 80. Entre muchos estudiosos renombrados que reconocen el déficit de hoy en día, Harold Bloom ha ofrecido sus opiniones y una lista en *The Western Canon: The Books and School of the Ages*. (1994) [El canon occidental: los libros y la escuela de las edades].

Como Leland H. Chambers informó hace doce años, alrededor de sesenta programas de Doctorado producían unos ciento cuarenta títulos de doctor en LC por año a principios de los 80. Resultaba «que durante un tiempo (1975-1981) en el que se ha visto disminuir el número de títulos universitarios (y masters) en LC, y que la matrícula de las materias troncales de LC se mantiene más débilmente en más programas, sin embargo del número de tesis doctorales producidas por nuestros programas de posgrado de hecho ha aumentado. Esta situación debe producirles una angustia considerable a aquellos que entran en el mercado laboral y se disponen a buscar puestos en la vida académica» (98). Obviamente, muchos doctores nuevos tuvieron entonces y aún hoy tienen que entrar en una variedad de campos tales como inglés, estudios norteamericanos, teatro, cine, programas de lenguas y literaturas extranjeras, estudios feministas y similares; y no debería sorprendernos que a la larga estos otros campos absorban las energías y las lealtades de la mayoría de las personas bien o mal preparadas como comparatistas durante sus años de estudiantes. Se hace necesario un análisis estructural de «quién» se autodenomina comparatista en el ámbito contemporáneo de los colegios superiores [*colleges*] y universidades de Estados Unidos y «qué» aspecto tienen sus actividades académicas principales para entender por qué las discrepancias actuales que rodean al Informe Bernheimer pueden dar como resultado, no la liberación de un gran potencial creativo, sino un caos descentralizador.

Resulta fundamental entender que la universidad norteamericana comprende varios millares de colegios superiores [*colleges*] y universidades de clases, calidad y tamaños muy diversos. Unas pocas docenas de universidades principales (algunas de las cuales pertenecen a los estados de la unión federal y otras son privadas e independientes) constituyen el nivel superior de las instituciones educativas de la nación; unas pocas docenas más forman el segundo nivel. En su mayor parte, son las instituciones de estos niveles superiores las que ofrecen la formación avanzada conducente a los títulos de *Master of Arts* y *Doctor of Philosophy* [Doctor], que son los que persiguen los aspirantes serios en el ámbito de la literatura. Un contingente similar de colegios superiores excelentes, que a menudo limitan su formación a candidatos al título de *Bachelor of Arts* o *Bachelor of Science* [Licenciado en Letras o Ciencias] (que requieren en teoría cuatro años de estudio), y en algunos casos también el título de *Master of Arts* [Master o Magister en Letras] (que requiere en teoría uno o dos años de estudio adicionales), forman una fuente importante de aspirantes a títulos superiores en literatura. Tanto en las universidades principales como en aquellas que están más abajo en las clasificaciones nacionales, normalmente el estudio de la literatura, que incluye la teoría, se inscribe en una

división de «humanidades (y artes)» o en un «colegio superior de artes liberales». Pero no hay coherencia en la denominación de departamentos y programas, así que sin entrar en los planes de estudio reales, ni en los requisitos de los títulos, no es posible saber simplemente a partir de una etiqueta como «LC» qué es lo que se enseña en una institución en particular en los Estados Unidos o cuál es la preparación de los instructores.

Dos peculiaridades institucionales de las universidades norteamericanas vienen a complicar aún más el panorama. Por un lado, no todos los investigadores norteamericanos cuyos intereses, docencia e investigación llevarían a la mayoría de los seguidores de la LC fuera de Estados Unidos a reconocerlos como colegas dentro del espectro de Remak, se llaman a sí mismos habitualmente comparatistas y/o desean que se les designe así, y/o les permite su institución utilizar el término oficialmente o trabajar en los departamentos o programas de LC que llevan ese nombre. Por otro lado, un gran número de norteamericanos, al que no se le calificaría de comparatistas en lo más mínimo según la norma «externa», usa esta etiqueta por su supuesto prestigio y ventajas institucionales, y las autoridades académicas a menudo se ven tentadas a manipular el uso de la etiqueta para favorecer sus propios planes internos. Varias décadas de politización de las humanidades en los Estados Unidos han llevado a la extendida y confusa situación en la que varios individuos y grupos han «colonizado» programas de LC con el fin de aprovecharse del antiguo (pero hoy ampliamente desgastado) prestigio de la LC. Mientras que por razones sentimentales a muchos norteamericanos ligados a la LC les gustaría imaginar que un modelo adecuado como el genoma podría usarse para describir una futura relación orgánica de todas estas partes divergentes, lo cierto es que la LC en los EE.UU. no supone ahora ningún todo monádico.

Si los colegas extranjeros se fijan en la vida organizativa de la LC en los Estados Unidos más que en las instituciones de enseñanza, el número de piezas del mosaico que están auténticamente «en blanco» disminuye felizmente. Sin embargo, la influencia en el destino nacional de la LC de confusas prácticas institucionales locales dista mucho de ser insignificante; debido a sus grandes proporciones locales en toda la nación, la decadencia intelectual puede ser imparable. En teoría, hay alrededor de cien departamentos y programas, incluyendo los del Canadá, que aparecen registrados en el *ACLA Bulletin*. Sólo hay una correlación parcial entre la pertenencia a tales entidades institucionales y la pertenencia a la *American Comparative Literature Association*, el órgano nacional que representa la disciplina de la LC. Con algo más de seiscientos miembros individuales, la ACLA es uno de los más grandes de estos grupos profesionales en el ámbito mundial y celebra congresos con regularidad, ahora anualmente. Además de ser importante para mantener el diálogo y la unidad en un país tan grande, las reuniones de la ACLA ofrecen muchos temas estimulantes desde el punto de vista intelectual. Pero una preocupación recurrente de los directivos de la ACLA ha sido la ausencia de cierto número de colegas que la mayoría de los comparatistas englobaría objetivamente en alguna de las categorías de Remak como pertenecientes al núcleo de la disciplina.

Mientras que un número significativo de comparatistas ha desertado también de la *Modern Language Association*, el mastodonte de la MLA tiende a servir como hogar general de los investigadores y teóricos de la literatura; y la MLA patrocina cinco «divisiones» de considerable tamaño que se dedican a los estudios comparativos (es decir, estudios comparativos europeos) en Literatura medieval, Literatura del Renacimiento y Barroco, Literatura del siglo XVIII, Romanticismo y siglo XIX, y Literatura del siglo XX. Puesto que la ACLA celebra anualmente varias sesiones como sociedad afiliada en la convención nacional de la MLA, la ACLA ha formado bajo la égida de la MLA una especie de afiliación suplementaria, *de facto* y «en la sombra» que se muestra indiferente a o desprecia cualquier pertenencia particularista a la LC. Desde cierta perspectiva, el fluido discursivo entre el «David» de la ACLA y el «Goliath» de la MLA es un intercam-

bio positivo y ayuda constantemente a los comparatistas a reanudar valiosos lazos con los especialistas de varias literaturas. Pero desde otra perspectiva, generalmente se percibe que el tirón de los más de mil departamentos de inglés de la nación, mayores y menores, los intereses vocacionales de los profesores de lengua y de redacción, la obsesión dominante de las décadas recientes por los fenómenos culturales intra-americanos y los aspectos burocráticos nacionales de la MLA tienen un efecto asfixiante sobre la LC en tanto que campo interdisciplinar e intercultural, que en muchas instancias específicas lucha por ser extra- y transnacional. Un síntoma de la intranquilidad con la MLA ha sido la fundación reciente de una *Association of Literary Scholars and Critics* [Asociación de Investigadores y Críticos de la Literatura]. Como se informó en el número inaugural del Boletín de la nueva asociación, más de mil académicos y escritores se han inscrito antes de su primer congreso en otoño de 1995. La ALSA incluye un contingente considerable de comparatistas y acoge a estudiosos clásicos, así como expertos en todas las literaturas modernas, más algunos novelistas, poetas y editores independientes. Parte de sus miembros también pertenece a la ACLA y a la MLA, pero es difícil predecir por cuál se inclinarán en el futuro.

Los comparatistas norteamericanos participan de varias formas en las actividades supranacionales que son características de la LC en tanto que movimiento global. La ACLA es una de las asociaciones hermanas más importantes de entre las tres docenas que tienen lazos con la ICLA, no sólo por el tamaño relativo de la ACLA, sino también por la parte destacada que los norteamericanos han desempeñado durante décadas en la investigación internacional en los asuntos de la ICLA. Sin embargo, este canal de colaboración más directo se queda corto en comparación con la variedad de otros canales que están disponibles a través del «mosaico» institucional de la universidad americana esbozado arriba. Para empezar, igual que entre Alemania y Austria, no existe una frontera cultural firme y permanente que separe los Estados Unidos y Canadá; los canadienses se unen de buena gana a las sociedades eruditas norteamericanas y los norteamericanos a menudo se establecen en Canadá. Se ha desarrollado un intercambio análogo con México, el Caribe y Sudamérica en cierto número de especializaciones académicas, y, aunque los indicios son desiguales en estas áreas del Nuevo Mundo, los practicantes y las tendencias de LC norteamericanos encuentran ya una cálida acogida por parte de colegas de otros lugares del hemisferio occidental, deseosos de reclutar colaboradores y dialogar sobre nuevas corrientes. Importantes subconjuntos de norteamericanos con intereses comparatistas tienen un intercambio bastante activo con el noreste y el sur de Asia, el área del Pacífico, el Oriente Próximo y África. Mientras que hay ciertos aspectos geográficos que influyen en estos contactos (p.e. en California, un mayor sentido de «cercanía» a Asia), su expansión tiene lugar como un añadido natural a los contactos activos con Europa, y es que el interés por Europa es una parte esencial de la LC norteamericana desde sus comienzos.

La progresión histórica en el aumento de materias que piden atención detallada coloca a muchas universidades, especialmente a las más importantes, bajo una enorme presión. Mientras que despiertan a la necesidad de explorar áreas nuevas, tienen dificultades en enfrentarse tanto conceptual como financieramente a la proposición de que, al mismo tiempo, sería temerario reducir los estudios europeos. Mientras la LC ha contribuido a que la educación superior norteamericana tome conciencia del imperativo de globalizar los estudios culturales, demasiadas universidades se aferran todavía a la ilusión de que esto se puede hacer actuando como caníbales con otros programas existentes, sin una expansión real de su compromiso. Puesto que la proporción de aquellos que son *principalmente* comparatistas en espíritu y dedicación es todavía bastante pequeña en Norteamérica, tienden a prevalecer en las batallas por las subvenciones las voces de una horda de personas que sostienen ser comparatistas, pero cuyos campos «principales»

de dedicación son en realidad particulares —p.e. la literatura china moderna, el renacimiento inglés, la novela alemana, la escritura afroamericana, etc.—. Incluso la recepción en Estados Unidos de elementos específicos de «teoría» ha tenido lugar en su mayor parte a través de mediadores particularistas —p. e. Bajtín a través de los departamentos de ruso o lenguas eslavas, la escuela de Frankfurt a través de los departamentos de alemán, Derrida a través de los departamentos de francés, y así todo. Tales elementos se han extendido por medio de traducciones y aparecen en el «supermercado» generalista porque se les ha incluido por cooptación en un departamento de inglés que busca conseguir así sus propios fines, y no porque se hayan divulgado a través de una red nacional de unidades independientes de LC.

La porosidad esencial de la educación superior norteamericana no se hace en ningún lugar tan manifiesta como en la función de los grupos de literatura «extranjera» que interactúan de forma más inmediata con las culturas foráneas con las que tratan. Estos grupos actúan como alimentadores de teoría y de teóricos, los cuales aparecen a veces en persona como visitantes; estos grupos impulsan frecuentemente las ideas importadas, diciendo que son innovadoras, como parte del atractivo de su repertorio. Típico del paso siguiente en el cruce de préstamos en Estados Unidos es el momento en el que se vende lo importado a otro mercado local. Por poner un ejemplo real de mi propia universidad: un puñado de investigadores de la literatura y de científicos sociales interesados en promover un plan político —en este caso, las demandas sociales de los «hispanos» y otras «minorías»— adoptó las enseñanzas de Foucault y luego se lo trajeron de gurú al campus de Stanford a finales de los 80 (unos veinte años *después* de sus hallazgos críticos). Los conversos se enzarzaron entonces en fervientes declaraciones de direcciones supuestamente «innovadoras» tales como el Neohistoricismo (sin tener idea de que el Neohistoricismo ya estaba bien establecido en los Estados Unidos) que promocionaron como salvadoras tanto en los estudios literarios como en la política social.

Los canales de publicación de los artículos actuales de los investigadores norteamericanos de LC son tan variopintos como esta situación indica. En Norteamérica hay varias revistas prestigiosas dedicadas a este campo: *Comparative Literature*, *Yearbook of Comparative and General Literature*, *Comparative Literature Studies*, y la *Canadian Review of Comparative Literature*. Hay otras revistas excelentes de amplio espectro, tales como la anual *The Comparatist*, o de ámbito histórico específico, pero de alcance internacional, tales como *World Literature Today*. *CL*, *YCGL*, *CLS* y *CRCL* tienen unas directrices notablemente abiertas que incluyen estudios literarios y teóricos de toda índole; todas mantienen una sección importante de reseñas individuales y reseñas-ensayo más amplias; el *YCGL* de vez en cuando incluye valiosos informes de temas especiales como la investigación sobre las relaciones entre las artes, períodos culturales completos, traducción literaria al inglés, etc.; la *CLS* dedica cada año una edición especial a temas asiáticos y de relaciones entre Oriente y Occidente. Por añadidura, los comparatistas norteamericanos ofrecen su obra a revistas extranjeras de LC o acuden a órganos generalistas domésticos como *Critical Inquiry*, u órganos con unas directrices más restringidas, como *New Literary History*. Ya que tantos comparatistas norteamericanos están contratados bajo otras denominaciones o con frecuencia trabajan más en otra disciplina, la mayor parte de su trabajo actual puede aparecer en revistas especializadas o particularistas (p.e. en estudios homosexuales, o italianos, o del siglo XVIII, o de cine, etc.). Para entender el panorama contemporáneo de la LC en Estados Unidos es también importante señalar que hay personas —algunas de las que se identifican de modo más genérico con la LC, pero también otras muchas que adoptan la etiqueta de LC sólo como bandera de conveniencia— que dedican un esfuerzo desproporcionadamente grande a colaborar, no en revistas con un comité seleccionador, sino en volúmenes editados por colegas de ideas parecidas a las suyas, con el fin de impulsar en el mundo aca-

démico temas y planes particularistas. Aparte de las revistas dedicadas a la LC, no es tarea fácil medir el caudal o localizar un centro de gravedad en la amplia gama de estudios norteamericanos que pretenden pertenecer al «campo» de la LC.

La reciprocidad entre la LC y los «campos» aliados en cuanto a las presiones y la cooptación es un factor que hay que tener en cuenta cada vez más en la vida académica norteamericana. A miles de investigadores de inglés, francés, español y otras áreas bien arraigadas les embarga la sensación de que, se quiera o no, la LC ha afectado o amenaza su trabajo. Está en juego mucho más que la preocupación o la curiosidad activas por parte de especialistas relativamente mal informados, o de especialistas informados que quieren proteger su predio. Incluso los expertos bien instruidos que dividen su atención entre una tradición literaria principal y la LC han empezado a cuestionar si el préstamo indiscriminado de elementos de la LC no estará debilitando el núcleo tradicional de las grandes literaturas. Y al contrario, en cifras mucho mayores, muchas personas que son en principio especialistas en una tradición están deseosos de introducir los «beneficios» de la LC porque, a su modo de ver, la LC les otorga licencia para dedicarse a varias actividades «innovadoras» que ven prosperar en los departamentos de inglés vecinos y en otras partes —p.e. las críticas antropológico-marxistas, la desconstrucción, etc.— Un sentimiento de crisis domina probablemente a la mayoría de los departamentos de lenguas y literaturas extranjeras de los Estados Unidos. La situación de los departamentos de alemán puede servir para ilustrar este desarrollo. La germanista-comparatista Ingeborg Hoesterey ha descrito convincentemente esta competencia de imperativos en una ponencia titulada «Los estudios culturales y sus descontentos», leída en el encuentro de la German Studies Association de Dallas en 1994. El movimiento gradual de los germanistas norteamericanos hacia los «Estudios alemanes» desde los años 50 en adelante, en contraposición a la vieja *Germanistik*, basada en la filología, de las universidades alemanas, trajo como beneficio «la inclusión de la historia social y otras perspectivas no artísticas». Desde su punto de vista, lo que resulta inquietante, sin embargo, ha sido la demolición rápida y a menudo al por mayor de la base literaria cultivada con esfuerzo, en favor de la teoría crítica general cuando los neófitos colegas agresivos convierten «en un programa parafilosófico» los anteriores programas de alemán de miras más amplias que abarcaban la literatura, la filosofía y la historia cultural. Mientras que a los auténticos innovadores se les formaba en la tradición filológica y la literatura y entendía la «teoría» contrastándola con este rico fondo a medida que emigraban hacia el «nuevo conocimiento», los innovadores epigonales se dedican cada vez más a los estudios culturales sin introducir a los estudiantes en las obras literarias principales de la tradición germana, y con mucha frecuencia ellos mismos trabajan sin «saber la historia de la investigación de un tema en particular», así pues, ignoran gran parte de aquello que pretenden «problematizar».

El debate sobre el papel y el lugar de los enfoques «interdisciplinares», la «teoría» postestructuralista y los «estudios culturales» se hizo igualmente con el protagonismo durante la mayor parte de una reunión en la cumbre celebrada en la Vanderbilt University en octubre de 1994 bajo el patrocinio del German Academic Exchange Service [Servicio Alemán de Intercambio Académico] (DAAD). Bajo el título de «La *Germanistik* en los Estados Unidos: perspectivas de cambio —el cambio de nuestras perspectivas», el congreso reunió a varias docenas de asistentes procedentes de otras tantas universidades y colegios superiores [*colleges*] que representaban aspectos variados del «campo» del alemán (p.e.: enseñanza de la lengua, cursos de servicio, programas de licenciatura y posgrado, escuelas, aproximaciones y filosofías de investigación avanzadas), con el fin de articular las (a menudo enormes) diferencias de propósito existentes o posibles en sus instituciones. Los investigadores pertenecientes a las universidades que ofrecen programas para títulos avanzados se dividían claramente según su grado de entusiasmo por la

conversión a los «estudios culturales». Curiosamente, los varios comparatistas experimentados presentes previnieron contra la alteración de los programas sustanciales con el fin de hacer sitio a asignaturas que en apariencia están de moda y son «competitivas» (con el inglés y la LC), porque las ofertas poco elaboradas tendían a erosionar cualquier coherencia programática y ponían en peligro a los departamentos pequeños. Avisaron del peligro de que a los germanistas se les sustituyera, en los programas avanzados, por la gente de la LC, una vez que los primeros hubiesen abolido la identidad clara de su especialización particular como grupo. Los más encendidos defensores de la vía de los estudios culturales eran los que menos sabían tanto de LC como de literatura alemana (excepto dentro de un período limitado), aunque podían estar preparados en sus intereses especiales (p.e., el cine, el enfoque psicológico, etc.) Parecían no entender muy bien la preocupación de los germanistas de muchas instituciones más pequeñas y menos conocidas por las consecuencias del abandono de los temas literarios en los centros de prestigio. En efecto, el deseo de adquirir los colores de «interdisciplinariedad» era lo más importante para los investigadores jóvenes de las instituciones mejor conocidas, quienes sentían que su propio prestigio dependía ya en buena parte del rechazo del estudio de la literatura.

No hace falta decir que esta pasión contemporánea es, incluso con una frecuencia cada vez mayor, uno de los rasgos más característicos de las personas que se identifican (a sí mismas), en cierto sentido, como parte de la LC. Antes de esbozar las ideas y las actividades enfrentadas entre las que los comparatistas norteamericanos eligen hoy, puede ser útil reunir algunas de las observaciones precedentes y hacer un esquema de la tipología de participantes implicados en la elección:

- a) Aquellos a los que todavía a veces se les llama comparatistas y han abandonado los estudios literarios
  - I. por emigración deliberada a los estudios culturales y que a menudo especializan o representan una ideología o visión del mundo específicas;
  - II. por ignorar la base histórica de los estudios literarios.
  
- b) Aquellos que se dedican a la teoría
  - I. y son generalistas de conjunto,
  - II. y se especializan en las relaciones de la literatura con la historia intelectual, la ciencia, otras artes o sistemas generales o semióticos;
  - III. a veces por emigración deliberada de los estudios literarios;
  - IV. por ignorancia de (debido a la carencia de base suficiente inicial de) los estudios literarios;
  - V. pero sienten antipatía por o se muestran escépticos ante los estudios culturales.
  
- c) Aquellos que permanecen en los estudios literarios
  - I. pero están bien informados de las cuestiones y debates teóricos y a veces comparten profundamente los mismos sentimientos que las personas de b) I o b) II;
  - II. se interesan más por la literariedad y la literatura como arte;
  - III. se orientan más hacia la historia literaria (de «la vieja escuela»), incluso aunque compartan muchas ideas con las personas del c) I;
  - IV. sobre todo quieren poner en práctica el arte de la crítica y la apreciación, evaluación e interpretación críticas.



- d) Aquellos que están en los estudios literarios y cuyo trabajo se divide entre la investigación propia de globalistas auténticos y la investigación propia de particularistas, en varias dimensiones tales como:
- I. la concentración en las literaturas europeas, norte —o sudamericanas, asiáticas o africanas;
  - II. la concentración en complejos cruces internos y externos, p.e. como el de la literatura del área del Caribe;
  - III. la especialización «intensa» en una gran literatura, p.e. la italiana, mediante la investigación de intercambios con otras corrientes;
  - IV. la comprensión de la(s) unión(es) de las dimensiones vertical y horizontal en la cultura literaria y en obras clave (p.e. tratamientos exhaustivos desde múltiples perspectivas de *Hamlet*).

Si tenemos todo esto en cuenta y hacemos una clasificación de este universo de tipos, es razonable concluir que la ACLA todavía contiene el conjunto más concentrado de comparatistas norteamericanos de talento que han estado considerando activamente los problemas y las perspectivas del desarrollo de su «campo». Los comparatistas de fuera de los Estados Unidos pueden hacerse una idea de estas cuestiones, cuando se plantean en un nivel elevado destinado a compatriotas americanos, leyendo los ensayos de Sara Lawall, William J. Kennedy y Michael Palencia-Roth incluidos en la edición de primavera/verano de 1993 del *ACLA Bulletin* (antes *ACLA Newsletter*). Por razones de espacio, sólo puede ofrecerse aquí una muestra de las ideas de estos artículos que exponen posturas de forma inteligente y estimulante.

Lawall considera los «Paradigmas cambiantes de la literatura mundial» desde la creencia de que el desafío de hablar de «literatura mundial» supone «un microcosmos de estudios de LC». Al centrarse más «en el intercambio, las influencias recíprocas y la diferencia interna que en la unidad o esencia cultural», la LC contemporánea ha modificado significativamente una visión organicista anterior de la «unidad y continuidad de cada tradición cultural» y el hábito eurocéntrico de contrastar la herencia occidental con el «resto» del mundo. Se «desconfía» de las suposiciones de universalidad heredadas, pero como el horizonte de expectativas se lanza a abarcar culturas que no son familiares, cada vez es más problemático su reconocimiento y representación —y no sólo porque la competencia lingüística se fuerza más allá de capacidades incluso heroicas—. Un problema mayor, sostiene Lawall como conclusión, es que todas nuestras herramientas culturales (p.e. «género, tema, período; “herencia”, esencia nacional, individualidad; relaciones coloniales o postcoloniales, imágenes del género sexual y la imagen de las imágenes del género sexual; el papel interactivo del profesor, del alumno, de la institución y la comunidad en relación con cualquiera de estos tópicos») «son en su totalidad estructuras sintéticas que se deben someter a prueba cada vez con el fin de acelerar el proceso de comprensión». Parece haber implícito un paso más allá, que no se da ni siquiera a modo de intento. Resulta chocante, en el análisis de Lawall, que nunca considere cuál podría ser la situación para los comparatistas no americanos y no europeos que contemplan la expansión de la LC como un movimiento intelectual que emana del corazón geográfico de Occidente, esos comparatistas atraídos por la LC y que han experimentado, por tanto, cierto tipo de cambio cultural como resultado de su encuentro con las «estructuras sintéticas» occidentales, y que ahora examinan los cimientos, el desarrollo y los grandes momentos de su(s) literatura(s) propia(s) y/o la(s) comparan con otras literaturas, europeas y extraeuropeas. Por la forma en que cierra su artículo de toma de postura, Lawall ejemplifica una conciencia pedagógica que está limitada por las preocupaciones sociales norteamericanas relativas a las «identidades» de los partici-

pantes en un aula, pero como la mayor parte del tratamiento de la LC en los Estados Unidos, su ensayo nunca avanza más allá de los envoltorios conceptuales del territorio doméstico de los Estados Unidos para plantear las preguntas epistemológicas e históricas que surgirían si se intentara situar los temas de la LC norteamericanas contemporánea *dentro de la red global* de discursos interactivos.

Palencia-Roth parte de una lectura bastante similar del despliegue histórico de la LC desde su centro europeo e intenta sugerir formas de progresar más allá de las clases de «monismo filosófico y religioso» y «geográfico y cartográfico» que son consecuencia natural de tales estadios del crecimiento. Se convoca tanto a teóricos como a críticos a redoblar esfuerzos imaginativos al abordar la descentralización real que se está produciendo. al igual que Miner, Palencia-Roth señala al peligro de «analizar la literatura no occidental (...) *solamente en relación con* las literaturas y los valores literarios occidentales». Así pues, propone que haya más expertos en LC que practiquen «la Literatura Contrastiva (...) como antídoto contra ciertas tendencias homogeneizadoras, occidentalizadoras y monísticas de la LC en tanto que disciplina académica». Esto llevará, desde su punto de vista, «a un escepticismo radical sobre la teoría literaria en dos vertientes». Primera, «(...) cualquier teoría que se arrogue universalidad sobre la base única de textos de una o dos tradiciones culturales es falsa únicamente en razón de su ignorancia»; segunda, «cualquier teoría universalizadora que denigre las obras, las técnicas o los valores estéticos de otras tradiciones literarias o culturales es falsa en razón de sus prejuicios». Palencia-Roth aboga por una nueva manera de pensar llamada «ateorismo» que animará a trabajar dentro de los «otros» espacios hermenéuticos, los textos de otras culturas y a estar abiertos a los valores intelectuales, morales y estéticos que los constituyen.

En su juicio, más positivo, acerca de la utilidad de la teorización, Kennedy, el distinguido investigador clásico y del Renacimiento, también acepta que «la historicidad de la existencia [de la LC] implica un cambio periódico y una relación dialéctica entre su estabilidad y los cambios que incorpora». Predice cambios, «pero en diferentes direcciones y a marchas diferentes en varios campos y subconjuntos de actividades que comprenden [la LC hoy]: la teoría del lenguaje, la teoría de la crítica, la teoría de la interpretación, el análisis filosófico especulativo, el análisis temático, el estudio de tipos, el estudio cultural multidisciplinar, las relaciones entre las artes, el estudio histórico empírico y la crítica ideológica» —cambios que también han de tener lugar «en un nivel interactivo con un pulso todavía por medir». Tras ilustrar los límites de ciertas aproximaciones occidentales recientemente populares, pero reductivas (p.e. la deconstrucción DeManiana, la respuesta del lector, etc.) Kennedy pasa a reconocer el desafío que, en conjunto, se les presenta a los comparatistas norteamericanos, pues aunque tengan una competencia mínima en las lenguas europeas de menor difusión, «ahora se enfrentan a los panoramas impresionantes de las lenguas y las literaturas del Oriente Medio, Asia, África, del Pacífico Sur y de los indios americanos con toda su multiplicidad». Su respuesta es una llamada de atención a la seriedad: «No menos filología, sino más, y una filología organizada de forma más cuidadosa e imaginativa es la responsabilidad ética del crítico». Sin embargo, mientras tanto «las traducciones tendrán que prestar el servicio de emergencia que prestaron en nuestro primer contacto con Ibsen, Camões, las historias de Cuchulain y las Escrituras hebreas en el canon eurocéntrico». Como prueba de su propio apetito lector, caracterizado por su notable amplitud, Kennedy examina también el campo global, de grandes exigencias, de las interacciones culturales, como las relaciones recíprocas entre Oriente y Occidente. Llega al punto de vista nada sentimental de que, incluso aunque se recluten expertos procedentes de otras disciplinas, «ningún departamento de LC puede tener los recursos para perseguir el objetivo» de explorar todas las dimensiones visibles y ocultas de «todas las grandes literaturas del mundo», ni la LC se atreve a arrogarse «la alta responsabilidad moral de designar el canon mundial».

Más bien, su papel es preguntar cómo emplean los lectores todos los cánones conocidos, sugerir vías para moverse entre los sistemas y «sensibilizarnos ante las diferencias reales» entre las literaturas de todas las partes del mundo, pero también reconocer los ejemplos reales de «hibridación y homogeneización que ocurren y han ocurrido a lo largo de la historia a medida que las culturas se rozan unas con otras». Resulta impresionante, en el artículo de toma de postura de Kennedy, su aguda conciencia del peligro que supone «la presión administrativa» encaminada a marginar las unidades de lenguas y literaturas extranjeras. A su modo de ver, sería una locura que la LC en Estados Unidos «prosperase de forma falsa y adventicia a costa del estudio de lenguas extranjeras», porque «el futuro de la LC depende por completo del futuro del estudio avanzado de las lenguas extranjeras». En la visión de Kennedy de la mutua dependencia de la LC y los varios departamentos y programas de literaturas individuales, estos últimos son irremplazables como grupo. «Ningún departamento de LC fue concebido como una miniuniversidad que reprodujera en sí misma el trabajo de todos los departamentos. Como cualquier otro departamento, funciona mejor cuando sigue sus propios planes de grupo». Kennedy es uno de los más claros portavoces de aquellos integrantes de la LC norteamericana que simultáneamente defienden una misión global para el campo (frente a las versiones «únicamente» eurocéntricas o intraamericanas), pero rechazan cualquier tendencia imperialista por parte de sus seguidores. Su postura no excluye ni impugna el trabajo *dentro* de un marco «occidental» o *dentro* de cualquier otro (p.e. del índico); llama de forma tácita a acabar con los designios tiránicos y las depredaciones de los compañeros teóricos occidentales y a regenerar el espíritu de la aventura investigadora.

Uno de los grandes temas latentes en las alturas superiores del comparatismo norteamericano que posiblemente surja como preocupación central en los 90 es la tarea de repensar la «globalización» del campo. En un ensayo reciente titulado «¿Rinoceronte, unicornio o quimera?» [«Rhinoceros, Unicorn, or Chimera?»] he señalado el reto que implica emprender una expansión sustancial del repertorio de la crítica. Esta clase de cambio cualitativo requiere que, juntos, acojamos (los norteamericanos en colaboración con los colegas de otros continentes) un intercambio colectivo y respetuoso de puntos de vista culturales y aprendamos a situar las literaturas más antiguas, las más modernas y las emergentes de todos los continentes en una variedad de contextos endógenos y exógenos. Puede que la LC en los Estados Unidos tenga que pasar por un período «ateórico», tal y como sugiere Palencia-Roth, con el fin de superar la autoabsorción eurocéntrica evidenciada en buena parte de la «teoría» reciente. El ver ejemplos concretos de la inadecuación explicativa de muchas ideas euro-americanas cuando se aplican a ciertas obras no europeas debería empezar a desestabilizar la complacencia de los teóricos occidentales. Esperemos al menos que el crecimiento del escepticismo defensivo frente al poder descriptivo de los estudios culturales enraizados en las tendencias filosóficas occidentales contribuya a espolear a los comparatistas norteamericanos y canadienses a que reemprendan la búsqueda de una mayor conmensurabilidad de su propio conocimiento cultural y sus actos de teorización o análisis. Esto sólo podría redundar en beneficio general de los estudios intraamericanos y paneuropeos, que naturalmente seguirán siendo el sector más amplio de intereses perseguidos por los comparatistas de Norteamérica.

GERALD GILLESPIE  
UNIVERSIDAD DE STANFORD

## OBRAS CITADAS

- ALSC Newsletter*, 1: 1 (Spring 1995), ed. John Ellis. (Dirección del editor: Crown College, University of California, Santa Cruz, California 9564, U.S.A.)
- BERNHEIMER, Charles, ed. *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995.
- BLOOM, Harold. *The Western Canon: The Books and School of Ages*. New York: Harcourt Brace, 1994.
- CAMBERS, Leland H. «Comparative Literature Programs in the United States and Canada». *Yearbook of Comparative and General Literature* 31 (1982), 96-109.
- GILLESPIE, Gerald. 50Rhinceros, Unicorn, or Chimera? —A Polysystemic View of Possible Kinds of Comparative Literature in the New Century». *Journal of Intercultural Studies* 19 (1992), 14-21.
- GOSSMAN, Lionel y Spariosu, MIHAI I., eds. *Building a Profession: Autobiographical Perspectives on the Beginnings of Comparative Literature in the United States*. Albany: State University of New York Press, 1994.
- HOESTEREY, Ingeborg. «Culture Studies and its Discontents». Paper presented at the German Studies Association Conference in Dallas, 1994. [Agradezco a la Profesora Hoesterey que me haya proporcionado una copia de su manuscrito].
- «Introducing Undergraduates to Comparative Literature: A Report and Some Recommendations». *ACLA Newsletter* 13: 1-2 (Spring/Fall 1981), 1-17.
- KENNEDY, William J. «Texts and Their Linguistic Properties». *ACLA Bulletin* 24: 2 (Spring/Summer 1993), 11-28.
- LEVIN, Harry, et al. «Report on Professional Standards». American Comparative Literature Association document, 1964.
- MINER, Earl. *Comparative Poetics: An Intercultural Essay on Theories of Literature*. Princeton: Princeton University Press, 1992.
- PALENCIA-ROTH, Michael. «Contrastive Literature». *ACLA Bulletin* 24: 2 (Spring/Summer 1993), 47-59.
- REMAK, Henry H. H. «Comparative Literature: Its Definition and Function». In: Stallknecht, Newton P. and Frenz, Horst (eds.). *Comparative Literature: Method in Perspective*. Rev. ed. Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1971.
- «Report of the Committee of Graduate Programs in Comparative Literature in the U.S.A. and Canada» *ACLA Newsletter* 7: 6 (Winter 1974).

[Traducción de JESÚS CORA ALONSO]